

Uno de los pioneros que transformó el desierto piurano en oasis de esperanza. Entrevista a Pablo Ferreiro de Babot

Tatiana Dextre Coello

Un poco más de cincuenta años han pasado desde que surgió en el desierto piurano el fruto de la siembra realizada por aquel grupo humano que soñó y, con esfuerzo, fe y perseverancia, hizo realidad la Universidad de Piura, centro de estudios que, tal como lo expresara su mismísimo Gran Canciller, San Josemaría Escrivá de Balaguer, «...es un gran bien para las almas, para las inteligencias, para el pueblo entero del Perú...».

Medio siglo ha pasado y se cuentan otros frutos, como el campus Lima de la UDEP y el Programa de Alta Dirección (PAD). Esta impronta cristiana sigue marcando el tiempo, dejando huella a través del testimonio de sus fundadores, de la entrega de sus docentes, de la apuesta de sus alumnos por una formación humana y científica, con libertad de conciencia, y del aporte de sus profesionales egresados al desarrollo de nuestro país.

Parte importantísima del engranaje que potencia el éxito de esta «casa común», desde sus inicios, la constituyen maestros como el doctor Pablo Ferreiro de Babot, quien no dudó en venir, desde su natal España, respondiendo a la convocatoria que le hiciera en 1971 quien fuera Vicario Regional del *Opus Dei* en el Perú, padre Vicente Pazos.

Este regalo generoso que nos hizo don Pablo se ha traducido, en los cincuenta años que lleva trabajando entre nosotros, en la cátedra magistral sobre Factor Humano (conocido como Gobierno de Personas) que impartió intensivamente como profesor visitante del campus Piura, en su aporte como prorector de este centro de estudios, en la consolidación de la Asociación para el Desarrollo de la Enseñanza Universitaria (ADEU), que preside, y en la fundación del PAD, del que es profesor ordinario en el área de Gobierno de Personas. Además, ha contribuido al conocimiento con libros como *El octógono: un diagnóstico completo de la organización empresarial*, *Ética para empresarios*, *Gobierno de Personas en la Empresa* (coautor) y, su más reciente obra, *Cómo ser feliz dirigiendo una empresa*. Pero, no solo eso. Este ingeniero industrial, de vocación humanista, formó parte del equipo dispuesto por la UDEP (1991) para asumir el encargo expreso de su fundador, don Víctor Andrés Belaunde, de sacar adelante las nuevas ediciones de la revista *Mercurio Peruano*. Actualmente, sigue ligado a esta publicación al formar parte de su del Consejo Consultivo.

Para conocer un poco más de cerca a este apreciado miembro de esta comunidad, conversamos con él.

Ingeniero, de vocación humanista. Doctor Ferreiro, nos gustaría conocer algo más de usted, de su vocación.

Nací durante la guerra civil española. Mi padre estudiaba Derecho y tuvo que dejar la carrera porque no había clases, por todo el movimiento político. Barcelona era una zona roja, donde el ejército nacional buscaba unir a España, un país católico con una mentalidad tradicional, en torno a la importancia de los primeros principios.

En ese ambiente crecí yo. Me atraían mucho las humanidades, pero no porque me fuera infundido en casa, pues mis padres tenían muchas ocupaciones. El único que gustaba de leer era yo y era porque en el colegio, cuando tenía 14 años, tuve un profesor que venía a clase con un libro y un micro para leerlos y eso nos contagiaba el entusiasmo. Era como un teatro leído que se ponía en marcha gracias a un profesor con ilusión. Los alumnos asumíamos papeles, aprendíamos a entonar. Nos enseñaba no solo a transmitir, sino a darnos cuenta de si lo que decíamos le interesaba a alguien.

También recuerdo que en cuarto de secundaria gané un concurso de poesía a nivel de todo el colegio. Es más, cuando el profesor de literatura leyó mi trabajo me preguntó si alguien me lo había hecho. A los 15 o 16 años me gustaba la página literaria y recortaba aquellos artículos que me daban un conocimiento distinto de lo que estaba preparándome, la ingeniería.

¿Y las Humanidades?

No sé por qué, cuando estaba en cuarto y había que elegir el bachillerato, escogí ingeniería. Bueno, con 15 años, no había mucho criterio. Tal vez fue porque mi abuelo fue ingeniero.

Me gradué en el Politécnico de la Universidad de Madrid y, posteriormente, hice un postgrado en Psicología Industrial por la Universidad de Barcelona, que me gustó mucho. Luego vine al Perú.

¿Qué nos dice sobre su decisión de venir a este país?

El vicario regional de la Obra en el Perú, padre Pazos, me preguntó si me gustaría venir para trabajar en una universidad privada ubicada en provincia, en Piura. El que esto denotara una vocación, no sé si llamarle expansiva, y que me diera acceso a la cultura y tradición de gente de provincia, entre otras cosas, fue un gran reto para mí. Y, con 29 o 30 años, me apunté rápidamente. Era soltero, sin mayor compromiso de nada, con un trabajo que estaba haciendo, pero trabajar en una universidad eran palabras mayores. Fue así como llegué a Perú en 1971.

¿Qué sabía sobre el Perú?

En absoluto. El único dato era el de geografía. Cuando llegué, encontré un clima y una gente que me hacía sentir tal como cuando trabajé como ingeniero de proyectos en Córdova, Andalucía, donde todo eran números y donde tuve la oportunidad de convivir en residencias con personas de distintas ramas. El Perú era otro país, con distinta historia, latinoamericano, pero donde mi cultura había impregnado tanto. Aquí hablaban español como yo y compartíamos inquietudes. Por eso me comprometí tanto.

¿Cómo fueron esos primeros años?

En abril de 1971 la Universidad era pequeña aún, tenía cien alumnos, 45 eran de Ingeniería Industrial, el resto de Administración de Empresas y Ciencias de la Información; pero poco a poco iba creciendo.

Durante 25 años he sido profesor visitante, viajaba a Piura una semana al mes a dictar clase, tres o cuatro clases diarias, lo que equivale a vivir en Piura y tener una clase diaria. Ahí conocí la primera, segunda, tercera... promoción.

Siempre he vivido en Lima y aquí tenía muchas cosas que hacer. Cuando fui rector, mi función era buscar apoyo extranjero, ayuda económica y técnica, así como convocar a los mejores profesores. Mi trabajo significaba estar en constante comunicación con Piura, lo hacíamos con una radio intermitente. Era una cosa de «aló, aló...», casi prehistórica (sonríe). Era preguntar «¿Puedo invitar a fulanito de tal a dictar la lección inaugural?». Parecía un entorno muy internacional, pero realmente estaba metido en una oficina, en un país que estaba a diez mil kilómetros de donde yo provenía.

Han pasado muchos años...

Yo pensaba que estaría en el Perú dos o tres años, pero llevo cincuenta años y he visto cómo el país se ha ido transformando. He notado, desde mi balcón, que no era un balcón físico sino cultural — como los miradores donde se ponía la gente mayor a ver pasar —, que el Perú es cada vez menos clasista, más poroso y donde el ascenso y el descenso es más fundamentado a la economía y menos al apellido.

La gente hoy quiere más al Perú auténtico, no al de minorías. No voy a dar una clase de peruanidad, porque sería muy pretencioso, pero puedo decir que desde mi punto de vista, me da gusto que se haya ido recuperando una identidad cultural. José Agustín de la Puente sintetizaba mucho al decir que el Perú no es ni español ni indio, sino una mezcla de ambas corrientes con cualidades propias a conocer. Y que prescindir de una de ellas es un derecho, pero no necesariamente refleja una realidad.

El sentido del servicio. Queremos una nación que se precie de construir un futuro común, pero ¿qué nos dice de la crisis moral?

La culpa siempre es de las clases dirigentes, porque no usan correctamente las capacidades y poder que tienen. Es un pecado que las grandes élites, con sus propiedades, su tradición, su fuerza económica, hayan claudicado de su responsabilidad y su vocación.

¿Cuál debe ser la vocación de los empresarios? Se habla mucho de responsabilidad social...

Se habla de responsabilidad social, pero esta lleva más a dar de comer que a dar de leer. El hambre no te lleva a la cultura, sino a la técnica, que es la que te soluciona más lo inmediato. Pero si la técnica y las humanidades están llamadas a casarse, se necesita sembrar y cultivar. Y para esto último hay que podar, regar, etc. Es un trabajo bonito y de mucha dedicación.

Los empresarios disfrutan de algo bueno, podrían cooperar a cambiar la realidad actual, porque hoy la cultura es un lujo. Ahora la gente no sabe que es inculta, se cree culta porque ha leído tres cuestiones no bien profundizadas o enraizadas. La verdad es un valor que tiene mucha importancia, no como el progreso que termina siendo cualquier cosa, que no tiene patria. Por eso, le digo a los empresarios: «Si el capital, de la mano de quien lo usa, no busca la verdad, entonces ni siquiera se acercará a la belleza y a la bondad. Ustedes no deberían parar hasta hacer accesible a los maestros y a los colegios del Estado una buena formación. Ustedes o sus empresas pueden prestar tiempo y plata, o dar los medios necesarios, para lograr que la gente pueda leer y divulgar lo que piensan».

Hay que sembrar cultura...

Si no siembras cultura, ¿qué puedes querer cosechar? Los grandes periódicos de aquí más que nada difunden ideologías, no solo extrañas al Perú, sino a su tradición y a la propia verdad. Hace veinte años había más ambiente cultural que ahora, en mi opinión. Uno podía leer los editoriales de *La Prensa* y *El Comercio*, por ejemplo. Surgían tertulias, donde predominaban los diálogos y discusiones.

La cultura tienes que recibirla, meditarla, compartirla y divulgarla. Todo esto es posible en la universidad, porque ahí hay abundancia de dos cosas que son muy escasas: tiempo y gente. El ambiente universitario requiere tiempo para las tertulias, la discusión. A partir de esto vemos que el estudiante es el gran descubridor de las grutas adonde no ha penetrado nunca, al reconocer la curiosidad por saber la razón de algo.

Tal vez la tecnología sea la culpable, no sé a quién se le puede colgar el sambenito. La tecnología es magnífica y necesaria, pero no tiene ética y no tiene por qué tenerla. Ella responde a quien la maneja. La ética no sale ni de las leyes, ni de los capitales, sino de las costumbres, de las tertulias y del fundamento de las ideas.

¿De qué modo influye la Universidad de Piura y el legado de San Josemaría en sus alumnos?

La universidad está sembrando, pero el fruto ha de demorar. Pasará el tiempo mientras los alumnos se ocupen de sus estudios y responsabilidades, pero cuando salgan de la universidad y tengan que ejercer y demostrar su capacidad y autonomía para vivir y aportar, ahí van a surgir los principios sembrados. El fundador de mi colegio decía que lo depositado en un niño entre los 8 y 12 años no es agua que se pierde, se empoza en algún lugar y en momento de crisis y sequía sale a luz, como energía acumulada. Esta es la misión de la universidad a través, sobre todo, de la asesoría personal.

Los jóvenes aún necesitan alguien adulto que les limpie no solo las narices, para que respiren. Hagamos que se limpien las legañas para ver la trascendencia de la belleza, el servicio, la verdad, el bien, la unidad, la amistad. De eso vive la gente, no de los números. Vocación de servicio, que la tenemos todos pero no la usamos. Y la falta de sentido de la vida es muy grave hoy, hay muchísimos enfermos con neurosis y depresiones.

A la universidad no le preocupa la innovación por la innovación, sino demostrar que lo trascendental es la satisfacción de la necesidad del otro, que la vida es compartir. En definitiva, que la vida con otros es amistad. Que hay que enseñar con el ejemplo y que el altruismo tiene mucho que ver con las humanidades, no como la técnica que te distrae y te absorbe. Los estudiantes deben interiorizar que la profesión es un servicio, no es un modo de vivir.

Mercurio Peruano. ¿Qué nos dice de la revista *Mercurio Peruano*?

Mercurio Peruano es una revista de historia, me agrada mucho. Nos permite conocer más sobre este país. Es un proyecto de influencia cristiana en la sociedad, desde un punto de vista cultural y científico, en la aplicación al mundo de las humanidades donde hay un vacío tremendo.

Como revista, *Mercurio*, cumple su papel y es un bien a conservar. Nutre, agrada, nos sacia. Hay que leerla y digerirla. *Mercurio* es parte de una dieta que necesita el hombre actual. La tecnología no ha superado esto, pero sí hace más accesible la cultura a través de los medios digitales, del internet. *Mercurio* no te cuesta ni un sol, no es un negocio. Es un proyecto cultural muy ambicioso que

requiere sangre joven para incorporar contenidos juveniles que abran campos de debate y que de ahí surjan reuniones, grupos.

Mercurio Peruano nos ha facilitado generar una fraternidad cultural con universidades de otros países, a través de sus embajadas. Esto genera un vínculo interesante que no significa apoyo económico, pero sí un reconocimiento.

¿Cómo pasó a formar parte del equipo responsable de su publicación?

No recuerdo en qué año me dijeron que había una revista llamada *Mercurio Peruano*. Lo de mercurio me sonaba porque soy ingeniero, así que tengo entendido los detalles técnicos. Luego, al ver su origen, de dónde venía y ver la revista, me dije: «*Esto es toda una aventura*».

En toda mi carrera de Ingeniería jamás se me ocurrió colaborar con una revista de este tipo: el formato, los escritores, todo era muy provocador, te llamaba mucho la atención. Así empezó, fue como una broma y terminé metido de pies y patas.

La revista se hacía en Lima, y los que formábamos parte de eso teníamos que ver con la universidad, pero aún no estaba vinculada a ella. Luego, vimos que debíamos darle el respaldo de la universidad para darle continuidad. Así, la UDEP la acogió muy bien.

¿Cómo impactó en usted esta revista?

Leer la revista me ayudó mucho a conocer cada vez más sobre el Perú, lo que me daba pie para meterme en un país nuevo con muchos aspectos culturales e históricos que yo no conocía.

Mercurio Peruano tenía ya su historia y su vida, pero vi una oportunidad extraordinaria de transmitir el pensamiento cristiano. Me llamó mucho la atención que muchas personalidades influyentes en el mundo del arte y las letras, como Víctor Andrés Belaunde, fueran conversas.

Muchos de los que escribían en la revista pasaron a ser parte de la universidad. Y las reuniones para planificar las ediciones se convirtieron en un centro de promoción de ideas sobre cómo nos gustaría que fuera el Perú. La juventud, la educación, el acceso de las personas y el cariño del propiamente peruano. A mí me interesaban los temas humanísticos vinculados con la doctrina, porque no tenía formación profunda, ni siquiera liviana, de la literatura peruana.

Por último, ¿qué nos dice de su experiencia como maestro?

Mucha gente, cuando se celebraban los 50 años de la Universidad o para los 40 del PAD, se acercaba diciendo que fueron alumnos míos. Me agradecían

por haberles enseñado. Me presentaban a sus hijos y les decían que yo era de quien les habían hablado. Pues, puedo ver que lo que uno ha sembrado, aunque no te hayas enterado, ha dado fruto.

Una anécdota. En una oportunidad, en Piura, se me acercó una señora con su niño y me dijo que fue mi alumna y que en una oportunidad yo hablé del octógono en el salón de su hijo, en un colegio de Chiclayo. Me contó que el niño todavía hablaba de eso. Luego, volteó hacia él y le dijo: «*Este es el señor del octógono*» (sonríe).

Claro que todo esto me produce satisfacción desde que lo hago, cuando veo que sirve, que no es una mentira o un falso hallazgo. Saber algo que ayuda y que puede ayudar más, en la medida que se profundice, uno va comprobando que nada bueno se pierde, porque si se pierde es que no era tan bueno, ¿no?